

LIBROS

**Dos figuras del sindicalismo asturiano**

Los estudios regionales sobre el movimiento obrero contaban en Asturias con el trabajo pionero de David Ruiz, desde hace tiempo agotado y que concedía una atención preferente a la línea socialista. Al libro siguieron algunas polémicas, varios años de vacío y aportaciones menores, y, en líneas generales, un escaso conocimiento de lo que pudieron representar los sindicatos católicos y anarquistas. De ahí que la aparición casi simultánea de dos libros como los que Domingo Benavides y Ramón Álvarez consagran a dos protagonistas del sindicalismo asturiano en las corrientes citadas, merezca siquiera un breve comentario.

En **El fracaso del catolicismo social. Arboleya Martínez (1870-1951)** (1) Domingo Benavides realiza una investigación exhaustiva sobre la figura del deán de la catedral de Oviedo, propagandista social cristiano cuya figura cobra relieve con la fundación, en 1914, de la Casa del Pueblo de Oviedo, y que en lo sucesivo encarnará la búsqueda de un sindicalismo cristiano no subordinado a la jerarquía ni integrado en las fórmulas «amarillas» del sindicalismo mixto, tan del gusto del marqués de Comillas y sus seguidores. Más tarde, a partir de 1919, la acción de Arboleya se encuadra en un núcleo de intelectuales católicos que, bajo la denominación de Grupo de la Democracia Cristiana,

intenta, sin demasiado éxito, fundar la acción sindical y política de los católicos sobre unas bases distintas del integrismo imperante y que, tras años de conflictos en que actúan decisivamente la Compañía de Jesús, diarios como «El Siglo Futuro» y, en definitiva, el cardenal Segura, acabará reducido a la impotencia. La preocupación dominante de Arboleya es conseguir un sindicalismo contrarrevolucionario, pero no patronal, similar al que en los años treinta cobrará auge en el País Vasco impulsado por sacerdotes como Policarpo de Larrañaga, «Aitzol» o Alberto de Onaindía. La sucesión de fracasos del sindicalismo católico lleva incluso a un cierto deslumbramiento de Arboleya ante los logros del sindicalismo libre que Ramón Sales dirige en Barcelona desde 1919. Arboleya, sincero al menos con sus convicciones, cerrará su trayectoria vital con una radical desesperanza, bien distante del triunfalismo y las deserciones de otros miembros del Grupo. La minuciosa reconstrucción a que procede Benavides, con la espléndida apoyatura documental del archivo privado del propio Arboleya, permite una reconstrucción del proceso en que sobre determinados personajes o instituciones no sólo gravita el fracaso proclamado, sino una traza esperpéntica que sugiere o mayor profundidad en el análisis o un tratamiento literario ajeno a la narración histórica.

Lo que no entiendo bien es la vinculación que Benavides muestra hacia la línea cristiano-social seguida por Arboleya Martínez, y mucho menos el «acto de público homenaje y adhesión» a su figura que en el prólogo hace el padre

(1) Prólogo de J. M. Díez-Alegría, S. J. Editorial Nova Terra. Barcelona, 1973. 832 páginas.



Eleuterio Quintanilla.

Díez-Alegría. Parece haber surgido un cierto espejismo ante ambos escritores, situando la figura del clérigo asturiano en un presunto centro, incluso progresista, con relación a la extrema derecha integrista. No veo ventaja alguna en tales tomas de posesión por parte del historiador, pero en

este caso la opción resulta más sorprendente si tenemos en cuenta el sentido estrictamente contrarrevolucionario que una y otra vez aflora en las páginas del excelente estudio de Benavides. ¿Por qué no preguntarse por la significación de Arboleya sin ese telón de fondo, acusador en su momento pero hoy base de justificación, que es el integrismo? ¿Por qué no ahondar en las relaciones con el sindicalismo libre? ¿Por qué no quebrar la presunta buena fe de su discurso como propagandista social? Tres preguntas que pudieran resultar útiles, especialmente si pensamos en la labor que, con su dedicación y rigor habituales, desarrolla en la actualidad Domingo Benavides sobre la historia del sindica-

lismo católico español. No es preciso que sea el lector quien lleve a cabo la reinterpretación crítica, como a veces sucede con esta excelente biografía del deán Arboleya.

Un papel similar al que intentara desempeñar Arboleya en el movimiento sindical católico representa Eleuterio Quintanilla en el marco del anarcosindicalismo asturiano. Como en aquél, la fase de organizador sirve de prólogo a una larga etapa en que la actividad dominante consiste en orientar la acción de los sindicatos asturianos vinculados a la CNT. Al lado de Pestaña y Peiró, Quintanilla jugó desde los años veinte la baza de la independencia confederal respecto a las pretensiones hegemónicas de los

grupos anarquistas, pero tal vez por su distanciamiento de todo cargo, la crisis treintista apenas erosionó su figura, salvaguardada en cierto modo por su dignidad como vencido en el Congreso de 1919 —sobre federaciones de industria, relaciones con la UGT y III Internacional—, al que luego los acontecimientos habían otorgado sucesivamente la razón.

La biografía que ha escrito Ramón Álvarez, **Eleuterio Quintanilla. Contribución a la historia del sindicalismo revolucionario en Asturias** (2), se presenta como la obra de un discípulo que intenta en primer término realizar los rasgos teóricos de Quintanilla a través de su larga participación en las publicaciones sindicalistas de Asturias desde «Tiempos Nuevos», de Gijón, a fines de 1905, hasta la guerra civil. De forma aún más marcada que en el caso de Benavides, queda clara la tendencia a una identificación entre las posiciones de escritor y biografiado. El rasgo más destacado del trabajo de Ramón Álvarez es, no obstante, su capacidad para reconstruir, desde circunstancias bien difíciles, la secuencia de las relaciones entre Quintanilla y la Regional Asturiana de la CNT, presentando al lector al mismo tiempo y en su integridad los trabajos teóricos más destacados del maestro racionalista. Por supuesto, dada la situación de las fuentes de nuestro movimiento obrero, es una tarea inacabada en la que fácilmente pueden descubrirse huecos, pero también es cierto que después de este trabajo, la evolución de «las tesis sindicalistas» de Quintanilla puede seguir en lo esencial.

Lo mismo sucede con sus intervenciones en

(2) Editores Mexicanos Unidos, S. A. México, 1973. 453 páginas.

